

## **DESARROLLO SOSTENIBLE Y CULTURA DE LA SOBRIEDAD**

**Francisco SIERRA CABALLERO**

[www.franciscosierracaballero.com](http://www.franciscosierracaballero.com)

Históricamente, el concepto de desarrollo ha sido redefinido en continuo contacto con los procesos sociales y una creciente conciencia ética global que le ha obligado a adjetivarse repetidas veces: *humano, integral, endógeno, autónomo, sostenido*. “Desde el desarrollo entendido como modernización productiva, que se mide por el producto interior bruto, hasta el despliegue de las capacidades humanas, ha mediado un largo proceso de maduración que ha tenido en la participación social su piedra de toque” (García Roca, 2004: 96). Y que hoy, en la crisis civilizatoria que vive la humanidad, ha de ser cuestionada desde una cultura de la sobriedad y los espacios locales de desenvolvimiento. La propia naturaleza multidimensional reconocida de las bases materiales (económicas, sociales y del medioambiente) que afectan, transversalmente, esta aspiración de la autonomía de los pueblos exige una lectura desde los territorios y, por ende, una mayor reflexividad sobre los imaginarios del cambio. No en vano, las propias Naciones Unidas hace tiempo que definieron el desarrollo como un proceso de mediación, como la posibilidad de expresar y definir, con voz propia, las condiciones de evolución y organización social autónoma. Es por ello que desde finales de la década de los setenta, la noción de *desarrollo cultural* ha vinculado el campo de la comunicación al problema complejo y recurrente de las necesidades sociales en ámbitos tan dispares como la economía, la política o la educación, integrando la creatividad y las identidades (la biodiversidad humana) en un nuevo paradigma constituyente del modelo de reproducción social. Los programas de organismos como la FAO o la OMS han procurado desde entonces pensar la comunicación en sus programas sectoriales y las políticas de cooperación internacional. Ahora, si bien las Naciones Unidas validaron en la agenda pública internacional un enfoque integrador de la comunicación como marco de configuración del desarrollo, y factor transversal, en las políticas de promoción del cambio social, llama hoy la atención que en los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) se piense las políticas y Agenda 2030 sin la centralidad de la dimensión cultural, base de la producción en común de otro mundo posible. “Lo común – en esta lectura – es una construcción política, o mejor dicho: una institución de la política en los tiempos de los peligros globales que amenazan a la humanidad. Decir que lo común, como lo indica su etimología, es de entrada político, significa que obliga a concebir una nueva institución de los poderes en la sociedad (...) Conduce más bien a introducir en todas partes, del modo más profundo y más sistemático, la forma institucional del autogobierno” (Laval/Dardot, 2015: 519). Y en este proceso la comunicación es vital, pues la sostenibilidad empieza por la producción de otro marco representacional de la vida y la sociedad.

Si aceptamos que todo derecho es una producción cultural sujeto a luchas y conquistas políticas como resultado de un proceso de construcción colectiva y de asignación de valor que da sentido común a la existencia, definiendo los puntos de consenso y producción de la ciudadanía, la dimensión simbólica constituye en consecuencia el natural espacio de traducción de lo cultural que hace posible el habitar humano con los otros, esto es, la propia posibilidad de desarrollo. Más allá aún, de acuerdo con Boaventura Sousa Santos, el desarrollo sostenible es un problema que cuestiona la necesidad de “descolonizar el saber”. Nuestra mentalidad eurocéntrica, y moderna obedece a una visión colonial, limitada de la realidad. Una realidad que, por supuesto, es mucho más viva y compleja, y admite otro modelo de crecimiento y de desarrollo, otra lógica del saber aplicado, si de verdad han de asumirse radicalmente principios como la integralidad, la interdependencia o la responsabilidad. En ese sentido, tenemos que discutir las formas de poder y de control de nuestro espacio social a partir de los imaginarios del cambio. Garantizar la educación, la salud, el acceso a bienes elementales como el agua, la energía, promoviendo el crecimiento económico sostenido, al tiempo que abordando cuestiones vitales como el cambio climático, solo es posible mudando los patrones culturales, esto es, con una estrategia de remediación.

Si, como razonamos, la estrategia de comunicación dota de sentido y dirección las acciones públicas de organización y reconocimiento de lo común, incidiendo poderosamente en la percepciones, deseos y comportamiento de los actores sociales, parece lógico pensar la necesidad de definir la Agenda 2030 considerando la mediación simbólica, el proceso, en fin, de comprensión y participación de la ciudadanía sobre los retos de nuestro tiempo. Del esfuerzo de reconstrucción y problematización de esta particular dialéctica dependerá, sin ningún género de dudas, el logro de los objetivos de desarrollo sostenible, y más allá aún, la posibilidad misma de una vida en común en nuestro planeta.

Así, considerando las tres dimensiones priorizadas del desarrollo – económicas, sociales y medioambientales – junto con la reflexividad cultural, podemos reformular el actual modelo de desarrollo y esbozar propuestas alternativas partiendo de la hipótesis o idea apuntada en su momento por Walter Benjamin en su reflexión de *Angelus Novus* sobre el tren de la historia. Sabemos que todo documento de cultura es un documento de barbarie y la modernidad un problema de ruinas, de objetos inservibles y abandonados del universo o reino de las mercancías, por el poder destructivo de la economía capitalista. Por ello, Benjamin plantea una deconstrucción de la modernidad ilustrada y la propia idea evolutiva de progreso a partir de una sencilla pregunta: ¿hacia dónde vamos?. Esto es, ¿no deberíamos pensar el desarrollo como un problema de gestión de residuos, de cuestionamiento del síndrome de Diógenes?. ¿No deberíamos cuestionar, como hacen las propuestas de decrecimiento, el principio capitalista de acumulación y el evolucionismo desarrollista ?.

A nuestro entender, este es un problema de fondo que si no se problematiza la cultura difícilmente se podrá acometer, con garantías de éxito, las metas fijadas en la Agenda 2030. Caben serias dudas sobre qué vamos a construir sobre las ruinas de lo destruido por el capitalismo salvaje, o qué grado de sostenibilidad es viable cuando hay realidades del hábitat que no se pueden recuperar sin reflexividad social sobre tales procesos, si no situamos en el centro de las transformaciones por venir problemas nucleares como la excrecencia y el consumo excesivos que nos sitúan ante la necesidad de reivindicar una cultura de la sobriedad. De lo contrario, el propio concepto de desarrollo sostenible puede terminar siendo, desde una perspectiva crítica, un oxímoron, que encubre las devastadoras relaciones de explotación capitalista más que contribuir realmente, de facto, a la sostenibilidad. En esta línea, debemos empezar a descolonizar nuestros imaginarios del cambio, nuestros imaginarios de qué es ser moderno o qué es ser desarrollado avanzando un debate crítico desde la ecología política para una cultura del Buen Vivir/Vivir Bien.

Hablar de desarrollo sostenible en un mundo complejo como el que vivimos no es posible sin reflexividad histórica, sin problematizar, en fin, el hecho mismo de toda mediación implícita o asociada al concepto de desarrollo. Aún con lógicas y metodologías participativas, el principio de intervención implica un proceso de dirección que exige repensar la ingeniería en la configuración de nuestro hábitat. ¿Cómo transformamos la realidad?. Más aún, si partimos de un paradigma ecológico, habría que asumir hasta sus últimas consecuencias la política de la *resiliencia*, el conjunto de ecosistemas culturales asociados a todo proceso de planificación de las políticas públicas. Y ello pasa por reconocer que en lo local reside la diversidad, la diferencia. Hay múltiples identidades, múltiples actores, y en toda mediación planificada hay que tomar en consideración el problema de la identidad y la diferencia; esto es, el sentido de la dirección, políticamente, en términos de ecologías de vida. Esta precisamente es la dimensión cultural que es necesario considerar como alfa y omega de toda agenda por parte de Naciones Unidas, pues es la que da sentido a la construcción de vida y su conservación.

Frente a la lógica de devastación y anulación de la potencia creativa, una vida comprometida es una existencia res/ponsable. Como ilustra Castoriadis, no es posible proyecto alguno de transformación social sin vincularlo al ejercicio de autodisciplina que entraña la autorreflexividad y el afán de superación como del mismo modo, no es posible construir democracia sin trabajar democráticamente. Si se considera la lógica autopoietica que organiza y estructura los sistemas biológicos, sociales y noológicos, todo planteamiento al respecto en la estructuración de los mundos de vida debe renunciar, por coherencia, al camino más corto, y sin salida, de la línea recta (pro/ducción) para explorar la red laberíntica que nos constituye y da consistencia a nuestro saber-hacer, renunciando a la seguridad del “pensamiento doméstico” para abordar la nueva realidad en forma de ejercicio prospectivo que desmitifique la topología imaginaria del sentido común y de los caminos trillados del desarrollismo, al fin de proyectar otros caminos no comunes ni reales – luego, utópicos – de acuerdo con las potencialidades de la nueva civilización tecnológica como encrucijada.

Se trata en fin de garantizar la participación, la apropiación simbólica y material de lo público, el acceso y democracia cultural, la autonomía y el desarrollo de identidades sólidas de autodeterminación, reactivando las redes de confianza e implicación ciudadana en el proceso instituyente de nuevas reglas del juego de la representación y la participación democrática, a partir de una praxis fundada en las redes sociales como base de una nueva reflexividad e interacción dialéctica y, como reivindica Arturo Escobar, en virtud de un modelo pensado desde las ecologías de vida. Este es el reto de la complejidad, la verdadera articulación dialéctica de la sostenibilidad como construcción referenciada de lo común que pasa del oxímoron a la realidad concreta, de los modelos lineales a la transversalidad de las formas concretas de vida y existencia, y de la ingeniería moderna occidental a la modernidad sensible y el principio religancia de los territorios, los sujetos y ecosistemas que hacen posible, pese a la destrucción creativa, las formas de reproducción y convivencia.

En consonancia, de acuerdo con Walter Benjamin, pensar pues en constelación de sentidos y sentimientos, trabajar los imaginarios del cambio y la dimensión cultural, más allá o justamente a partir de lo material, de la estructura social y las condiciones medioambientales, *significa* trabajar la articulación de la ciencia, las políticas de desarrollo y la conciencia posible y necesaria, desde una perspectiva emancipadora. Todo un reto para garantizar las metas y ODS. Y una cuestión, en suma, de *clinamen*, un proceso siempre configurado desde lo simbólico, antes, y, más aún, aquí y ahora, en un tiempo de incertidumbre y crisis civilizatoria.

## REFERENCIAS

GARCÍA ROCA, Joaquín (2004). *Políticas y programas de participación social*. Madrid: Editorial Síntesis.

LAVAL, Ch. y P. DARDOT (2015). *Común. Ensayo sobre la revolución en el siglo XXI*. Barcelona: Gedisa.

RODRÍGUEZ VILLASANTE, Tomás (2002): *Sujetos en movimiento. Redes y procesos creativos en la complejidad social*, Montevideo: Editorial Wordan.Comunidad.

SIERRA, Francisco (2006): *Comunicación y desarrollo social*. Madrid: UNED.

SIERRA, Francisco (Coord.) (2016). *Capitalismo Cognitivo y Economía Social del Conocimiento. La lucha por el código*. Quito: CIESPAL.